

LA SEPARACIÓN DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO

He leído con especial interés los capítulos I y III de la obra de Máximo Pacheco sin descuidar del todo los documentos del capítulo II. Voy a referirme principalmente al aspecto histórico de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en el curso de los tiempos y en los diversos países y la situación actual creada a raíz de lo que algunos llaman la revolución cultural de 1960.

Felicito tanto a Máximo Pacheco como a Cristóbal García Huidobro por sus exposiciones históricas tan bien documentadas y tan equilibradas y, a la vez, abiertas a un futuro en el que ya estamos.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado –la religión y la política– pueden, en teoría, asumir formas muy diversas. Y, de hecho, en la práctica, históricamente, ha sido así. Vamos a esquematizarlas un poco mezclando la lógica abstracta con la historia concreta, mirando lo que pasa en el mundo a la vez que lo que pasa en Chile y desde el punto de vista tanto del Gobierno como de la Iglesia, de la política como de la religión.

1.- La Iglesia y el Estado frente a frente

a.- El inicio.

La Iglesia, o en términos mas amplios, la religión, puede, cuando se inicia, ignorar al Estado y el Estado a ella. Pero, a medida que la religión crece, llega un momento en que el Estado empieza a preocuparse. La religión puede ser, o parecer, un obstáculo o una amenaza para el Estado, y en tal caso, tendrá que reprimirla; o puede ser, o llegar a ser, una ayuda y convenga aprovecharla.

La Iglesia, a su vez, puede tener motivos de resistir al Estado, si este la persigue o pretende mandarla o instrumentalizarla. O, por el contrario, puede querer aprovechar del poder del Estado para que este la ayude a cumplir sus fines.

Los primeros siglos cristianos nos ofrecen muchos ejemplos de estas situaciones, desde Diocleciano hasta Teodosio, pasando por Constantino.

b.- Con el correr del tiempo

El Estado puede estimar, con el correr del tiempo, que la Iglesia tiene mucha fuerza dentro del país, que goza de poder económico o cultural o que cuenta con la adhesión disciplinada de gran parte de la población. Y va a querer aprovechar de esa fuerza en beneficio de sus planes y proyectos. Va a querer una Iglesia dócil, obsequiosa, sincronizada con el. Y si advierte en la Iglesia una actitud de independencia, de crítica o de oposición, va a querer reprimirla. En ambos casos le conviene al Estado tener un control sobre el nombramiento de los obispos: ley de patronato, por ejemplo.

Si esto no se logra, si la Iglesia se vuelve independiente, crítica u hostil, frente al Estado, éste se volverá tal vez perseguidor. Llegará a asumir el pleno control de una Iglesia oficial, que utilizará para sus fines, aunque se rebele una parte de la Iglesia, que quiera permanecer fiel a sus pastores legítimos, y que el procurará destruir por todos los medios posibles.

Enrique VIII de Inglaterra, Luis XIV de Francia, el galicanismo francés, el josefismo austriaco se dan en este contexto.

c.- Políticos creyentes

Puede ocurrir que los que detentan el poder político sean, al mismo tiempo, creyentes y fieles sumisos de la Iglesia. La Iglesia ejercerá su influencia en el poder político, por la autoridad que tenga en las conciencias de quienes detentan ese poder.

Carlo Magno sería un buen ejemplo de esta postura. Los confesores de reyes y reinas, en tiempos posteriores, serían otros.

d.- Políticos que usan a la Iglesia

Y puede ocurrir al revés: que los jefes políticos manejen el poder religioso y lo usen para que la Iglesia apoye sus planes e intereses.

El control del papado por la nobleza romana en los siglos IX y X sería un ejemplo. El Cardenal Richelieu, que pone la Iglesia francesa al servicio de la política del Rey de Francia, sería otro. Ciertamente es que Richelieu, que era un hombre de fe y había sido un excelente obispo diocesano, no actuaba como hombre de Iglesia, sino como ministro, como hombre de Estado.

e.- Obispos y Papas

Complica más las cosas el que en algunas oportunidades los reyes se apoyaron en los obispos de su país para resistir al Papa. Enrique VIII en Inglaterra, Luis XIV en Francia, por ejemplo. Y en otros casos, se entendieron con el Papa, pasando por encima de los obispos de su país.

En la separación de la Iglesia y del Estado en Chile, como nos lo recuerda Máximo, el contacto directo del Presidente Alessandri con el Cardenal Gaspari, Secretario de Estado de Pío XI, facilitó la separación de la Iglesia y del Estado chilenos, que veían, con mucho temor, la mayoría de los obispos chilenos, empezando por don Crescente Errázuriz, Arzobispo de Santiago.

f.- Teología de la relación entre el Sacerdocio y el Imperio

La Edad Media debatió en el plano teórico, a nivel de la teología, las relaciones entre el poder espiritual y el poder temporal. Entendió que ambos poderes son distintos. Que deben tener una cierta autonomía para sus fines propios pero creyó ver también la necesidad de que se coordinaran el uno al otro o incluso de que se subordinaran el uno al otro.

Para Bonifacio VIII, el Papa estaba por sobre los emperadores y los reyes, que le debían acatamiento. Para Felipe IV el Hermoso, Rey de Francia, nieto de San Luis y hombre creyente y piadoso, nadie ni nada podía estar sobre la autoridad del rey. La querrela de las investiduras, la lucha del sacerdocio y del Imperio son eventos memorables que revelan el inestable equilibrio entre ambos poderes. El Papa Gregorio VII y el Emperador Enrique IV vivieron dramáticamente los altos y bajos de ese inestable equilibrio teórico y práctico.

2.- La Iglesia y el Estado en Chile

a.- El Rey y la Iglesia

En el Chile Colonial, el poder político, el del Rey de España y el de sus agentes en América, es total. Incluso manda en la Iglesia. El Papa ha delegado en el Rey, por razones prácticas, el poder de designar a los obispos, reservándose solo el de ordenarlos como tales o de no hacerlo. Pero, a su vez, la Iglesia manda en las conciencias, incluso en la del Rey, en la de sus gobernadores y de sus oidores. Ellos tienen fe y respetan el poder espiritual de la Iglesia, que se ejerce sobre las conciencias del pueblo y sobre las suyas propias. Cuando las autoridades políticas se emanciparon, en su conciencia, de la Iglesia, vino la imposición del poder político sobre el poder religioso y el aprovechamiento del poder religioso por el poder político.

Recordemos el despotismo ilustrado del siglo XVIII, la expulsión y la disolución de los jesuitas o el trato de Napoleón al Papa Pío VII.

b.- Iglesia y Estado se necesitan mutuamente

En los siglos XIX y XX, con el avance del liberalismo, del socialismo y del evangelismo, se pierde la unidad religiosa de nuestro país. La religión católica sigue siendo la religión muy mayoritaria del pueblo

chileno pero las elites políticas y gobernantes se emancipan, en mayor o menor grado, de la fe o de la vida católica y entienden ejercer el poder político sin sujeción alguna a las autoridades de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, desean controlar a la Iglesia y, a través de ella, al pueblo que sigue a la Iglesia. Y la Iglesia, por su parte, desea que el poder político siga ejerciéndose en favor de la religión y de la moral católica. Poder religioso y poder político se necesitan mutuamente y se utilizan mutuamente pero cada cual pretende, en su esfera, libertad absoluta y, al mismo tiempo, un cierto control sobre la esfera del otro.

c.- Ganando y perdiendo

La iniciativa de la separación de la Iglesia y del Estado vino en Chile de parte del poder político, no del religioso. La Iglesia aceptó la separación pero considerándose víctima de algo que ella no deseaba y lamentaba. Pero no fueron muy grandes su temor ni su queja. Al parecer, tanto el Estado como la Iglesia –el poder religioso- salían ganando, o quizás mejor ganando y perdiendo. Tal vez el único que perdía verdaderamente era el pueblo chileno. En la conciencia del campesino, del obrero, de la dueña de casa o de los niños chilenos había una sola autoridad religiosa y moral, la de Dios. Y se le hacía más fácil creer en Dios, adorarlo y cumplir sus mandamientos cuando todas las autoridades terrenales, la de los padres en el hogar, de los maestros en la escuela, de los patrones en el fundo, de las autoridades de gobierno y de los pastores de la Iglesia aparecían unidas, apoyándose mutuamente, convergiendo hacia un mismo fin: el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Recuerdo una pareja de ancianos, de ambiente popular, muy cristianos, padres de 10 hijos, y que, sin embargo, no eran casados por la Iglesia. Al conversar con el padre, me dijo que él siempre había querido hacerlo pero que su esposa se oponía. Al hablar con ella, me declaró en

forma tajante que “sus padres, cuando ella era niña, le habían enseñado que el matrimonio era uno solo; ellos eran casados por el civil; no aceptaba un segundo matrimonio”. Había confusión en su mente: no lograba distinguir entre el matrimonio civil y el religioso. Pero ¿cuántos chilenos tuvieron la misma confusión, al establecerse en Chile en matrimonio civil?

d.- Chile tiene dos almas

Por aquel entonces Chile tenía ya dos almas: un alma tradicional, conservadora y un alma disidente, liberal, radical, socialista, evangélica. La unión del Gobierno chileno y de la Iglesia Católica podía todavía tener ventajas, no solo para el pueblo chileno sino también para el mismo Gobierno y para la misma Iglesia. Pero descansaba en muchos equívocos. Y tenía talvez más inconvenientes que ventajas. El Gobierno quería liberarse del influjo de una Iglesia que, para muchos de sus miembros, ya significaba poco o nada a nivel de la conciencia, como el juramento de fidelidad a la Iglesia impuesto al Presidente al asumir su cargo. Y la Iglesia quería librarse de ciertas ingerencias de la política en su vida interna, como el patronato, o sea el derecho del Gobierno de intervenir en la designación de los obispos. Recordemos el caso de Larraín Gandarillas y de Taforó que mantuvo la Iglesia de Santiago acéfala por muchos años. La separación se hizo, en forma relativamente pacífica, contra la teoría, según el criterio de muchos católicos, pero sin graves daños en el orden práctico, al menos aparentes o inmediatos.

3.- El poder político se convierte en poder espiritual

a.- Estados Unidos

En Estados Unidos, las relaciones entre la Iglesia y el Estado se han dado de manera diferente que en la mayoría de los países latinos. El Estado ha sido siempre neutro en materia religiosa. Esto fue exigido y a la vez

facilitado por el hecho de que las religiones que se instalaron en el continente nuevo, aunque cristianas todas ellas, eran muchas. Pero, a pesar de la neutralidad oficial del poder político, la nación americana fue siempre religiosa. En los Estados Unidos, la religión y la práctica religiosa han sido siempre, o casi siempre, respetadas y estimadas. Aun hoy día, el ciudadano norteamericano desea que su Presidente practique su religión, cualquiera sea la Iglesia en que lo haga y un presidente que se declarara antirreligioso o ateo sería mal visto.

b.- Norte de Europa

En el norte de Europa, las relaciones entre las monarquías reinantes y las iglesias nacionales, anglicana o luterana, ha evolucionado hacia la religión de Estado, en la que los reyes tienen una autoridad sobre la Iglesia del país, como ocurre por ejemplo en Inglaterra. Pero la progresiva disminución de influencia de la monarquía y la pérdida de influencia de la Iglesia nacional han hecho que las relaciones, por lo general pacíficas, entre iglesia y monarquía han perdido importancia.

c.- Francia

En Francia, por el contrario, al separarse el Estado de la Iglesia, el laicismo fuertemente anticlerical, había alcanzado gran influencia, desde el siglo XVIII y la Revolución Francesa hasta la Tercera República. Pero ocurrió un cambio importante. El poder político, laico y anticatólico, sintió que, al separarse de la Iglesia Católica, que tuvo tanta importancia en Francia, desde Clodoveo hasta el último rey, perdía algo de su autoridad, de su prestigio, divino o cuasi divino. De ahí que sintió la necesidad de dignificarse, de convertirse en una autoridad, no ya religiosa pero sí ética y filosófica. El radicalismo francés de la Tercera República fue digno, austero, disciplinado, ajeno a toda frivolidad. El patriotismo, exaltado por la guerra del 14, la democracia, la justicia social, el cumplimiento de los

deberes cívicos, la disciplina escolar y universitaria, la moral familiar fueron intensamente promovidos. Como alumno de un liceo fiscal parisino entre 1925 y 1932, alcancé personalmente a conocer y a vivir ese clima laico pero severamente ético.

Más aun, la política, los partidos políticos y sus líderes señalaban rumbos a la historia de los pueblos, daban sentido a la vida humana.

d.- Los totalitarismos

En el caso de los totalitarismos, llegaron a ser pseudo religiones, que exigían de sus adeptos una entrega total y una disciplina perfecta. La política y los políticos eran o aspiraban a ser conductores de la humanidad, mesías liberadores y salvadores, los que daban o pretendían dar sentido a la vida humana, personal y social. Pensemos en Lenin, en Mussolini, en Stalin, en Hitler, en Franco, en Castro, en Mao.

e.- En Chile

Algo parecido ocurrió en Chile, aunque en menor grado. El radicalismo, apoyado en la masonería, tuvo algunos rasgos pseudo religiosos: su doctrina, su culto, su ética parecían a veces imitar los usos católicos, cambiando su sentido.

El socialismo y el comunismo adquirieron también caracteres cuasi-religiosos: la fe ciega en su ideología, la disciplina de sus militantes, hasta el sacrificio y el martirio, la certeza de que se lograría, más temprano que tarde, el triunfo del proletariado, la justicia social, el bienestar económico, la sociedad sin clases, la fraternidad ciudadana.

El nacional socialismo de González von Marées, de corta duración, iba también en ese mismo sentido. La falange y después la democracia cristiana tuvieron una inspiración mesiánica: la patria joven. También la tuvo, en su tiempo, el Partido Conservador. La política era una fe, a veces

un sectarismo o un fanatismo, pero también un ideal, una causa, por la que valía la pena vivir y morir.

4.- La revolución cultural de fines del siglo

a.- *Revolución cultural de la década del 60*

Eso ha cambiado en los últimos 30 o 40 años. Los estudiosos ubican en la década del 60 el comienzo de la revolución cultural en la que estamos viviendo. Uno de los cambios tiene que ver con nuestro tema: la relación de la Iglesia con el Estado, de la religión con la política.

Hasta entonces, los ciudadanos elegían a sus representantes – gobernantes y parlamentarios- para que lideraran la comunidad nacional. Votaban por una filosofía del mundo, de la historia o de la vida, por una visión de futuro, por una escatología terrenal, por ideas y valores y les prometían a sus representantes, elegidos por ellos, su disciplinada cooperación para alcanzar los objetivos comunes. Eso lo hemos conocido en Chile y creo que sigue siendo, aunque debilitada, la visión tradicional que tenemos de la política: el presidente conduce al país de acuerdo con la filosofía que es común a él, a su partido y a sus electores, quienes, por ser mayoría, han llegado al poder para realizar el programa común.

Pero la situación está cambiando. En Francia especialmente, la democracia es hoy día el derecho del ciudadano a exigir que el Gobierno, sea cual sea, respete su identidad, aunque sea minoritaria. Más que apoyar al gobernante, incluso cuando ha sido elegido con su voto, se defiende de él. “Usted, le dice, no es el que va imponerme a mí lo que usted piensa. Usted tiene que respetar lo que yo pienso”. La palabra de moda es “identidad”, vale decir individuación, personalización.

b.- Ejemplos

Esto se está produciendo también en Chile.

Vamos a dar algunos ejemplos.

1.- Los evangélicos invitan al Presidente de la República a un Te Deum de Fiestas Patrias. El Presidente no se pregunta si él o su Gobierno se sienten mas cercanos de los evangélicos o de los católicos. Él sabe que existe en Chile una identidad evangélica, como hay una identidad católica, masónica, judía o budista y acoge la invitación para demostrar al país que él respeta y acoge todas las identidades religiosas existentes, salvo las que fueran contrarias a las leyes positivas del país o a los valores universalmente reconocidos.

2.- Tomemos otros ejemplo. Los “gays” piden que se les reconozca la posibilidad de contraer matrimonio entre homosexuales en condiciones parecidas a las de los heterosexuales y que se les reconozca el derecho de adoptar hijos. El poder político no da un juicio de valores, ético o filosófico, sobre la homosexualidad: no está ni a favor ni en contra. Hay en el país una identidad homosexual que pide algo que hay que tratar de satisfacer: ellos son parte de la comunidad nacional y tienen derecho a pedir lo que a ellos les parece justo y el Gobierno tiene que concedérselo si puede.

3.- Demos otro ejemplo menos controvertido. En la Parada Militar del 19 de Septiembre, un conjunto de huasos ofrece a las autoridades chicha en cacho y baila una cueca. Un grupo de mapuches, ataviados según sus costumbres, baila sus bailes tradicionales acompañados de la trutruca y del cultrún. Nadie pretende imponer a todo el país una cultura huasa o una cultura mapuche. Pero existen en Chile como identidades. El gobierno las reconoce, las acoge; por supuesto sin imponerlas a nadie.

4.- Chile ha presenciado un largo debate acerca de una ley de divorcio civil. Siguen o seguirán los debates sobre los anticonceptivos, los experimentos con embriones humanos, el aborto, terapéutico o simplemente libre, o la eutanasia. En otro tiempo, la Iglesia Católica habría dado su parecer, basada en su fe y en su ética, para ella de origen divino, fe y ética supuestamente compartidas por la gran mayoría de los chilenos. Y habría enfrentado al Gobierno, o a tales o cuales partidos políticos, como acusándolos de querer imponer al país una ética contraria a la de la Iglesia. Y algo de este enfoque existe todavía. Pero se piensa mas bien hoy día que si bien la identidad católica tiene el derecho y el deber de expresarse, como las demás identidades, proceso legal debe seguir su curso. El pueblo chileno, influenciado sin duda por la Iglesia Católica, decidirá, por medio de los organismos -parlamento, tribunales- establecidos para ello.

c.- *Valores*

La situación ha cambiado o está cambiando. El gobierno como tal no pretende imponer al país sus valores. Para ser mas concretos, ni Aylwin, ni Frei, ni Lagos, ni ninguno de los actuales o futuros candidatos a la presidencia va a pretender imponer al país su criterio personal o partidista acerca de estos temas discutidos. El gobierno ya no pretende tener un liderazgo filosófico o ético sobre el país, como lo pretendieron, en su tiempo, un Frei, un Allende o un Pinochet. Mas bien va a reconocer las diversas “identidades” existentes en el país, sopesar sus influencias reales y buscar soluciones, mas bien pragmáticas, que satisfagan a todos hasta donde se pueda.

Esto significa que el esfuerzo de la Iglesia, en estos casos y en otros parecidos, deberá dirigirse a convencer al mayor número de chilenos, de la bondad de su postura, incrementando así el peso de su “identidad”; los políticos deberán tomar en cuenta, con equidad, lo que ella propone, en la

medida en que representa el parecer de un número grande de ciudadanos, pero tomarán en cuenta también lo que piensan las identidades protestantes, agnósticas... Es una situación bastante diferente de la que se dio hace un siglo cuando se discutían las leyes laicas y se afrontaban en el parlamento y en el gobierno, los conservadores que defendían las posiciones de la Iglesia, con los liberales y radicales que luchaban por ideales diferentes. El poder moral, cultural, filosófico y religioso ya no está, o está cada vez menos, en los políticos: está en la comunidad nacional y se expresa en sus diversas identidades, las que por cierto compiten las unas con las otras pero que, llegadas al poder, deberán respetar ellas también, las demás identidades, aunque sean minoritarias.

d.- *Cambios en la Iglesia*

La Iglesia también ha cambiado. A lo largo de los tres siglos coloniales y hasta mediados del siglo XX, la Iglesia había logrado crear en Chile una sociedad y una cultura católicas que abarcaban prácticamente a todos los chilenos, o sea una cristiandad, como la cristiandad medieval, o la que se daba hasta hace poco en Irlanda o en Quebec. Pero, desde 1960 para adelante, esta cultura se resquebraja; surge una cultura crítica del cristianismo que se declara a menudo agnóstica y otras veces, sin cortar sus vínculos con la fe cristiana o aun con la Iglesia, asume una actitud independiente de su jerarquía. Incluso los que buscan sentido de la vida, fe, misterio, esperanza, salvación acuden libremente a otras ofertas religiosas, las sabidurías orientales por ejemplo, el esoterismo, espiritualidades que nos parecen vagas. Un autor francés, Schlegel dice que el que busca a Dios en el mundo de hoy no quiere un restaurante “de menú fijo”, como sería la Iglesia Católica, o cualquiera otra religión de dogma definido. Prefiere comer “a la carta”, eligiendo lo que a él le atrae y con la posibilidad de

cambiar de menú. Yo diría que busca mas bien “self-service” en que puede elegir cada día, entre las muchas ofertas, la que más le atrae.

e.- *Hacia una antropología ascendente*

No basta hoy día con una teología descendiente por la cual Dios baja al hombre para iluminarlo con su revelación. Se requiere además una antropología ascendente, por decirlo así, que acompañe al hombre en su búsqueda de Dios y en su búsqueda de sentido de la vida, en el estilo, por ejemplo, de Teilhard de Chardin. Pero este tema daría para mucho y vamos a dejarlo allí.

d.- *Crítica del relativismo*

Este relativismo ideológico en la política, y hasta cierto punto en la religión, no convence ni gusta a todos y tiene graves inconvenientes. Es rechazado con violencia por algunas de las fuerzas mas vivas del mundo actual. Los fundamentalismos, los integristas, los fanatismos, religiosos, culturales o políticos, adquieren cada día mas fuerza, entre los cristianos como entre los musulmanes y también en sectores no religiosos. Unos los ven con temor. El espectro de las guerras de religión, de las Cruzadas y de las guerras santas se agita en algunos continentes. Otros lo ven con esperanza: el mundo, dicen ellos, no puede seguir viviendo sin certezas, sin valores absolutos. Unos piensan que el hombre ha conquistado para siempre su autonomía –con respecto a Dios y a la religión, o por lo menos con respecto a la Iglesia-, en materia ética y religiosa. Otros están persuadidos que esa autonomía nos está llevando al escepticismo religioso, al caos moral y a la catástrofe económica, social y política y que tarde o temprano, los hombres tendrán que reconocer, junto con los derechos del hombre, los derechos de Dios y los deberes del hombre frente a Dios.

Dicho en otras palabras: ¿quién dará al mundo y al destino humano su sentido? ¿la fe religiosa, que ya no es unánime? ¿el poder político de

turno? ¿el pensamiento de los intelectuales, de los artistas, de los científicos? ¿La conciencia individual?

La separación de la Iglesia y del Estado en Chile ha sido una etapa, casi una escaramuza, en un largo proceso. Gracias, Máximo por habérmelo hecho revivir con clarividencia y desapasionadamente y por ayudarnos a percibir en el algunas de las dudas y de las tensiones que anunciaban ya los desarrollos ulteriores. Gracias por ayudarnos, a los que vivimos en la fe, a mantenernos atentos a lo que pasa en el mundo y vigilantes para poner, en medio de las relatividades de la historia, todo lo que podamos de auténtico absoluto, de acuerdo con los signos de los tiempos.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena

(Presentación del libro del señor Máximo Pacheco Gómez: **La separación de la Iglesia y el Estado en Chile y la Diplomacia Vaticana**, Editorial Andrés Bello, en el Museo Colonial del Convento de San Francisco de La Alameda)